

Sobre la transferencia*

Serge Leclaire

Nada nos permite negar al estado amoroso que aparece en el curso del análisis el carácter de un amor «verdadero».

S. Freud**

Podemos decir que lo que hay detrás del llamado amor de transferencia, es la afirmación del vínculo entre el deseo del analista y el deseo del paciente.

J. Lacan***

Descriptores: AMOR DE TRANSFERENCIA / OBJETO "a" / OBJETO DE LA PULSION / INTERPRETACION / MATERIAL CLINICO

Con el propósito de describir mejor *los peligros que* existirían para el analista, víctima del amor de transferencia, de sucumbir a los encantos de la bella histérica, Freud nos cuenta esta pequeña anécdota: “Un agente de seguros, un descreído, yace gravemente enfermo en su habitación; su familia logra que acepte la visita de un sacerdote capaz de convertirlo antes de que muera. La conversación entre este hombre santo y el moribundo dura largo rato

* Presentado en la Escuela Freudiana de París, en mayo de 1974.

** S. Freud; *Observaciones sobre el amor de transferencia*.

*** J. Lacan; *Séminaire*, XI, p. 228.

mientras los que esperan fuera, aguardan llenos de esperanza... por fin, la puerta se abre. El descreído permanece tal, pero el sacerdote ha contratado un seguro.

Lo que retengo de esta graciosa anécdota es la imagen de un combate en campo cerrado, con la muerte cercana, y es en esto que me parece ejemplar. Prefiero esta figura de lucha a la imagen de un campo estéril e higiénico donde el psicoanalista respetable, calvo y miope, parece un cirujano privado de sus instrumentos. Porque el psicoanalista no es “neutro” sino —como el sacerdote o el agente de seguros de la anécdota—, parte integrante en el encuentro analítico. Dos intenciones o por lo menos dos opciones, se confrontan y se enfrentan en el campo cerrado del análisis y el combate de palabras ardientes, aunque hecho de desafío, de seducción, de injurias y simulaciones, no es menos prueba de verdad. La “experiencia psicoanalítica” no tiene sentido a menos que se reconozca que en ella sucede algo “de verdad”, a menos que se tome al pie de la letra en esos entrecruzamientos ese vínculo entre el deseo del analista y el deseo del paciente que el llamado amor de transferencia hace aparecer.

Consideraremos un poco más adelante, a partir de un fragmento de una cura, cómo el paciente viene a emprenderla y sobre todo la forma que tiene su deseo de manifestarse “de verdad” en el análisis.

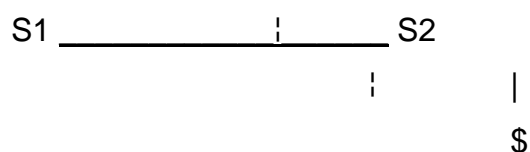
Pero conviene detenernos primero en “el deseo del analista”: ¿cuáles son los rostros de ese demonio que nos empuja a un sillón, a convertirnos en psicoanalistas? Es necesario que sea muy fuerte y maligno para comprometernos y mantenernos en la práctica de una tarea que todos se complacen, después de Freud, en declarar imposible. Pienso, por pura conjetura, que este *δαίμων* es el destino mismo, ciego y sin rostro que podemos llamar también, la voluntad de los dioses. ¿Pero qué sabemos de él exactamente? Nada más ni nada menos que esto: que nos hace nacer, vivir y morir dentro de un orden de palabras regido por el deseo, y que sólo el reconocimiento de este destino nos pone en posición de producir algún saber,¹ así sea un saber sobre la

¹ “[...] el sujeto es supuesto saber de solamente ser sujeto de deseo.” J. Lacan: *Séminaire*, XI, p. 228.

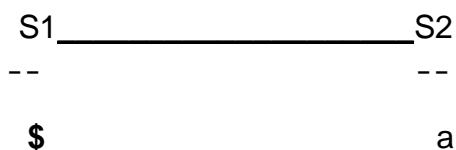
transferencia y el deseo del analista, que nos ocupa aquí.

Este reconocimiento del inconciente, del “movimiento llamado deseo”, como hecho significativo, como deseo del Otro, es lo que caracteriza la opción del psicoanalista y determina su función en la cura.

Se puede desarrollar a partir de esta proposición, lo que es del deseo del analista. Como se tendrá ocasión de recordarlo a propósito del deseo del paciente, tal como se manifiesta en la cura, es a partir del objeto a (concepto surgido del objeto de la pulsión parcial), como se señala y se concibe lo que es de la causa del deseo (y por tanto de la transferencia) ² y de lo que anima verdaderamente el movimiento del ser parlante. Que el sujeto (\$) sea sujeto de deseo, que él sea en cuanto tal, efecto del significante:



y por tanto, del deseo del Otro (gran Otro, lugar del significante) no puede concebirse si al mismo tiempo no es reconocido el efecto de pérdida, el resto producido por la articulación significativa, a saber el objeto a, lo irracional por excelencia, que aparece (o se desvanece) en la estructura,



como término duro, opaco y verdadera causa del “sistema” del deseo.

El interés del psicoanalista en función, su opción directriz que lo habilita y lo

² “Lo que la causa [la transferencia] es [...] lo que he designado como el objeto a” (ibídem, p. 119).

califica como psicoanalista, no podría escapar al orden (a la estructura) del deseo. Se trata aquí de articular de una manera que se aparte de las fórmulas aproximativas, confusionales o simplemente prometedoras en qué consiste la puesta del psicoanalista en el juego de la cura. Yo pienso que es la interrogación inflexible, sobre el lugar del deseo, el descubrimiento en toda construcción del núcleo deseante que lo engendra, la investigación de toda historia, llevada hasta su raíz objetal; en *suma*, el reconocimiento de la función absolutamente determinante del deseo que especifica el deseo del psicoanalista. En una palabra, que por participar de una forma interrogativa no me parece menos perfectamente pertinente; es el “*cómo ello [ça] desea*” que constituye el objeto del deseo del psicoanalista. Que este objeto sea señalado como “problema del deseo” (origen, causa, núcleo u ombligo), no podría por lo mismo, hacerlo escapar a su estatuto de objeto a; a lo sumo, él podría especificarse (con el mismo título que los objetos de las pulsiones parciales: orales, escópicas, etcétera) como objeto a α .

Y yo no dudaría en inferir a partir de la toma en consideración de este nuevo tipo de objeto a α . la existencia de una pulsión capital (surgida de la cabeza tanto como del sexo), pulsión propiamente sexual, se podría decir aun fálica (bajo reserva de una puesta a punto desarrollada del concepto psicoanalítico de falo), que yo llamaría pulsión α .³

La puesta del psicoanalista en el juego de la cura, la forma que él tiene de comprometer “su deseo”, consiste en el despliegue deliberado de los efectos de la pulsión α , y por tanto en la insistencia puesta por él en la implicancia y la circulación del objeto a α (que no es sin duda más que el objeto a, no

³ Pregunta subsidiaria: ¿es que el objeto a α . provoca erección (*fait bande*)? Respuesta: Sí; es incluso lo que hace el objeto de la pulsión fálica tanto para la mujer como para el hombre (cf. la potencia erógena del subterfugio que es el objeto fetiche). Todavía es necesario que dicha pulsión tenga algún lugar como tal, en las fantasías del compañero. Dificultad correlativa del análisis considerado didáctico donde el analizando pone explícitamente en juego, en el encuentro, su interés por el “cómo ello [ça] desea”; el efecto más frecuente: eso [ça] se vuelve particularmente “conveniente y no pasa mayormente nada.

especificado) y que se limita mejor por el “cómo ello [ça] desea”.

Examinemos ahora a partir de un ejemplo, en qué consiste el vínculo entre el deseo del analista y el deseo del paciente.

Es un analizando que sostiene su demanda junto a mí, invocando sus escritos: ¿cómo [piensa] no me interesaría en él? Las singularidades de su historia, los tropiezos de su vida sexual, no son invocados más que como complemento para encubrir, si el caso se presenta, la intención seductora; en el fondo es una exigencia que él formula, a la medida de su fragilidad: es a mí a quien quiere (es por mí que desea ser amado, reconocido).

Hace tiempo que ha renunciado a la práctica del escrito, pero es la misma exigencia, la misma seducción que vuelvo a encontrar en la afirmación de un placer de boca: “Lo que me gusta por encima de todo y en lo que reencuentro siempre el gusto con el mismo regocijo es el flan de vainilla con banana pisada” y en repetir numerosas veces saboreando sus palabras con una expresión de gozo casi obsceno: “el flan de vainilla con banana pisada”. Ahí siento que ha llegado el momento de intervenir; “¡Qué empeño en exponerme ese boca llena que le regocija!” y de comentar el objeto “boca llena” en estos términos: “pisar en papilla como para hacer salir todo el jugo y gozarlo”; y de preguntar al fin, “¿pero está verdaderamente allí?”

A la plenitud cerrada de su goce en el diván le sucede una sorpresa desamparada, como una abertura inesperada. Sobre la vainilla a la banana, vacila. He aquí que adorna su silencio perplejo con algunas farfullerías y luego enuncia: “Es como si eso me hiciera desinflar, desbordar, destapar...” y de asociar, sin por otra parte haber abandonado su articulación succionadora, masculante y obscena con una secuencia sobre las “Bocas del Ródano, la Camargue, los placeres del caballo y del mar”,* invitación al viaje que yo puntualizo con un “boca de la madre”. Asqueado (a su vez, estaría tentado de decir), él se detiene, víctima de la mayor perplejidad, ante la abertura que le vuelve de su propio decir. Tomaré esta puntuación para limitar a este fragmento el texto de mi ejemplo.

* *N. de la T.*: El autor utiliza la homofonía de las palabras mer/mére.

Algunos comentarios son necesarios.

Mi intervención apunta a aclarar algo sobre el objeto de la pulsión que manifiesta el analizando en la medida que (como todo paciente) él produce ese objeto, para arrastrarme en una relación libidinal ordenada por sus elecciones. Lo que él espera implícitamente, en la ocasión, es por ejemplo, que yo manifieste mi gusto o mi disgusto con un “sí, pero con una gota de ron además...”, o al contrario, con un “¡qué horror!; hábleme más bien, de mortadela con aceitunas negras”; resumiendo, que intercambiáramos de manera más o menos elaborada, objetos de boca; por no decir de angurria. Es poca cosa para un psicoanalista no entrar en este juego; pero el “boca llena” que yo formulo, constituye sin embargo, una forma de reconocimiento de la pulsión. Esta designación necesariamente aproximativa del objeto, puede ser recibida (**a** decir verdad en otras ocasiones más que en esa precisamente), como una satisfacción de la exigencia pulsional y producir lo que se ha convenido en reconocer como positividad de la transferencia. De hecho, mi intención no es en absoluto confortar a mi paciente con alguna gratificación, sino de acuerdo con lo yo decía ser la opción del analista, interrogar la singularidad que causa su deseo, y más precisamente el objeto de su pulsión oral. La pregunta que finaliza mi primera intervención (¿Pero está verdaderamente allí?) le provoca de hecho más que satisfacción, perplejidad y angustia.

Lo que hago o busco, justamente a favor de este juego de exigencia seductora que es el suyo, es desplazar la atención satisfecha que él mantiene por sus juegos de significantes en el encierro de un sistema fantasmático, hacia e¹ objeto que es el organizador, un “boca llena” tan evanescente, resbaladizo, y que se derrite tanto como la mezcla que él evoca con tanta delicia. Al interrogar sobre esta “asquerosidad”⁴ nuestro sujeto vacila. ¿Pero cómo puedo lograr tener éxito de verdad, si no es en la medida precisamente, en que me apoyo en la transferencia, es decir, en el vínculo entre su deseo y el mío? Sin duda hay en mi paciente por más que esté al tanto de las cosas, desprecio por el objeto

⁴ Y bien, nosotros decimos que fundamos la seguridad del sujeto en su reencuentro con la “asquerosidad” (soy yo que lo subrayo) que puede soportarlo, con el pequeño *a* del cual no es ilegítimo decir que su presencia es necesaria. (J. Lacan, *Séminaire*, XI, p. 232).

de mi deseo, en la ocasión; conduce su empresa seductora (es a mí a quien quiere, es por mí por quien quiere ser amado, reconocido) entre otras cosas, en función de mi supuesto interés por los juegos de significantes en sí mismos (banane; habil; nana; bavasse).*

No está totalmente equivocado; son en efecto los significantes, pero más que los juegos literarios o los simples juegos de palabras que ellos permiten (du flan, tout ça c'est du flan, offrir le flanc, vanille / vacille), ** es el lugar en el que están ordenados, inconciente o mejor gran Otro, que me interesa y sobre todo, *cómo, del hecho que hay* significativo y *por tanto efecto de sujeto, Ello [Ça] desea*. Es mi interés por el “cómo ello [çal desea” que dirige mi opción; ahora bien, ello [ça] desea con el significante (S1 — S₂), el sujeto (\$) y el objeto (a). En el análisis mi interés está en juego de este modo, y el “cómo ello [ça] desea” es mi lugarteniente de objeto; al “boca llena” que el paciente me propone como lugarteniente de objeto de su pulsión, yo respondo con la puesta en juego del “cómo ello [ça] desea” y muy particularmente por mi exigencia — no dudo en decir pulsional (pulsión α o pulsión fálica)— que apunta a la falta radical necesaria para el funcionamiento de una estructura de deseo, quiero decir al modo de “presencia” (o de falta) del objeto a.

Es en función de este deseo como se sitúa mi intervención nombrando el lugarteniente de objeto de la pulsión de mi paciente y preguntando: “¿Está verdaderamente allí?” Pero diciendo esto yo desmonto algo de su deleite y apelando por estas palabras, a la latencia de su propia “pulsión α —que no es ajena a su empresa analítica— el prestigio del objeto “boca llena” tiende a desvanecerse y la “excitación pulsional oral” cae: “Es como si eso me desinflara” (débander). Al mismo tiempo que la intervención arruina algo esencial al encantamiento del montaje de la pulsión, un camino se abre hacia algún otro lugar (la Camargue?; ¿el gran Otro?) en un aire viciado y un paisaje yermo. La interpretación pertinente, es sabido, se señala por un efecto de abertura; pero correlativamente, el desmoronamiento, o por lo menos el cuestionamiento del

* *N. de la T.*: “Banana: cháchara; mina; cotorreo”. La traducción no expresaría el juego de los significantes.

** “Flan; todo eso es flan; presentar el flanco; vainilla/vacila.” En el idioma original puede apreciarse el efecto señalado por el autor (*N. de la T.*)

circuito pulsional engendra perplejidad, angustia o huida. Hay algo verdaderamente intolerable en este objetivo intencional llevado sobre lo más vivo de la puesta (por más tergiversado que esté). Es ahí, pienso, donde conviene señalar la fuerza eficaz del vínculo transferencial; me refiero a su lado considerado “negativo” aun cuando sea el único que marca un progreso en la cura.

He escrito que después que mi paciente hubo enunciado y saboreado el objeto de su predilección, “yo sentí que había llegado el momento de intervenir”; en este sentido, puedo agregar que percibí en este momento algo de particularmente “anudado” en la transferencia. Quiero decir con esto, que lo que venía a manifestarse de la exigencia pulsional de mi paciente, me parecía en la ocasión estar particularmente intrincado con significantes supuestamente “míos”. Se sabe hasta qué punto todo analizando está atento a los significantes que pueda percibir, con o sin razón, como constitutivos (o representativos) del deseo de su analista: esto va desde la máscara africana, o de la corbata pajarito (bien conocida en un tiempo) hasta las entonaciones de voz y las figuras del estilo; el analizando espiga incansablemente supuestos significantes del analista y va a servirse de ellos, lo sepa o no, se resista o no. Mi paciente, recuerdo, había, como comienzo de juego —como mentiroso muy honesto— anunciado un color, su interés por la escritura; lo que es una manera de decir también que no deja de recoger en lo que publico, algunos significantes de los que me sirvo de buen grado. Es también de aquellos que tanto desean ser distinguidos, que se reconocen sin razón en tal fragmento de observación y... esperan, no sin cierta aprensión, ser el héroe del siguiente caso publicado. Plantearé al final de este texto, el problema de saber cuál es el destino del “secreto” en tal circunstancia.

En la secuencia relatada yo “sentí” este nudo transferencial, por lo que puedo distinguir posteriormente, en tres puntos de referencia significantes tomados como “míos”. Primero, el hacer resaltar “un placer de boca” del cual no dudo que haya electivamente distinguido la fórmula en diferentes *contextos* de mis publicaciones; luego, el carácter *masculante, succionante y resbaladizo* de su articulación, que bajo la forma de una provocación, retoma (se sirve de y corrige) el carácter mesurado, contenido y frecuentemente avaro de mis formulaciones; en fin y sobre todo, una forma de producir una especie de objeto

verbal en el cual se deleita rumiando “flan de vainilla con banana pisada” para no expresar más que el jugo en “. .. an vanil’ à ... banan’ crasée”, como si quisiera hacer un eco cómplice de la jaculatoria significativa “poord’jeli” aislada en el caso de Philippe.

Nudo transferencial o tiempo de cierre,⁵ en el sentido de que, por parte del paciente, esta tentativa de tomar significantes supuestamente míos, en el texto mismo de su exigencia pulsional, resuelve en una especie de cortocircuito, el *asunto* de su deseo; si él puede dar la ilusión, rastreando mis significantes, de reconocer el “dominio absoluto del deseo del Otro” y de estar abierto al “ello [ça] desea” de donde habla el inconciente, no realiza de hecho más que una tentativa de desvío con el solo fin de hacer la economía del riesgo inherente a este reconocimiento de la alteridad radical donde se origina el deseo. Dicho de otro modo, apoyándose sobre los supuestos significantes de mi deseo, él “negocia” con el “deseo de otro” para continuar no queriendo oír nada del “deseo del Otro”.

Es sin embargo, a partir de este nudo transferencial, desde donde el deseo del paciente establece a su manera un vínculo con el deseo del analista, que se impone una intervención, so pena de afianzar el desvío de significantes. Pero, interviniendo para interrogar el texto híbrido de su exigencia pulsional, y pasando sin otra emoción sobre el “placer de boca” supuestamente compartido, para interrogar el objeto “boca llena” que anima su exigencia, yo pongo efectivamente en juego mi deseo de analista con la introducción puntual y detallada del “como ello [ça] desea” que es el lugarteniente de objeto para mi deseo de analista. Es entonces otro modo de vínculo entre su deseo y el mío que hago intervenir, un vínculo que no articula nunca más que cortes y deja al que lo toma, por un tiempo al menos, un poco desligado.

Sin duda el descreído de la anécdota contada por Freud, era en mayor grado que el sacerdote hombre de deseo, o de fe; la moral de esta fábula es sin embargo, en la intención del relator, hacernos entender que en un combate

⁵ La transferencia es el medio por el cual se interrumpe la comunicación del inconciente, por donde el inconciente se encierra. Lejos de ser el pasaje de poderes al *inconciente*, la transferencia es al contrario su cierre. (J. Lacan, *Séminaire*, XI, p. 119).

regido por la lógica del deseo es la razón del amor, entiéndase del odio, la más fuerte que debe prevalecer. Podemos por cierto, muy cristianamente adelantar que sea como fuere es Su voluntad que se cumplió en este encuentro, pero no puedo resolverme por esta forma de escamoteo, así sea un sacerdote, un descreído o aun un psicoanalista para diluirlo dentro de una voluntad superior. El psicoanalista no es neutro y menos aun está confundido, reabsorbido o “sublimado” en el deseo del Otro; sólo su deseo de no hacer pantalla al inconsciente lo pone en posición de dejar entender al analizando dónde él debe advenir, de dónde ello [ça] habla y cómo ello [ça] desea. Conviene que el psicoanalista sostenga con la más perfecta determinación la fuerza de este “demonio” que le hace volverse intérprete de los caminos del inconsciente, que reconozca la predominancia de este deseo que le hace permanecer en verdad en su estatuto vacilante de extranjero bilingüe, “fiel sujeto” del deseo del Otro, Es sólo desde esta posición desde donde el psicoanalista puede legítimamente fingir acoger la demanda del analizando, entendiéndola al mismo tiempo como inadmisibile. Así, conviene entender la exigencia de nuestro escritor amante del flan. Qué importa después de todo que me quiera amándolo, ya que al dejarlo decir, viene por el desfiladero mismo de su demanda a manifestar las vueltas, compromisos e *impasses* en los cuales se ordena su deseo: de su pluma, por lo demás más afilada que babosa por la cual afectaba realizar con satisfacción una parte de su actividad pulsional, llega muy convenientemente y sin el menor apuntalamiento teórico, a considerar el juego de su lengua y a exponer el “boca llena” que nos ha retenido, antes de acercarse al inevitable e irreal “pene de la madre” como lo he, solamente, evocado.

La experiencia psicoanalítica, he escrito, sólo tiene sentido, si en ella sucede algo “de verdad”. El “de verdad” que tomo prestado del asombro del niño retenido por una sombra de incredulidad quiere marcar esta toma casi directa de la pulsión en la marcha analítica. Más que una tribuna íntima, más que un teatro de sombras o un vivario de afectos, el diván es un lugar verídico en su atopía, donde el objeto de la pulsión (objeto sin el cual la pulsión no sería más que un concepto filosófico más), tiende a manifestarse “de verdad” *tal como en él mismo, falta*. Menos realista que una papilla de banana pero en resumidas cuentas, más cerca de lo real, el significante “banana pisada” hace el “boca llena” absolutamente necesario para el cumplimiento del circuito de la pulsión.

Es verdad que de la pluma a la lengua, luego de la lengua, en sexo femenino, se manifiestan diferentes figuras de su deseo cada una ordenada alrededor de un (teniendo lugar de) objeto, abierto cada vez, en el momento de su advenimiento hacia este Otro, Camargue o Islandia, antes de ser trazadas sus rutas, dibujados sus mapas y... cerradas sus fronteras.

Pero sólo la transferencia, o mejor lo que la determina en este encuentro singular, a saber, el rechazo y la resistencia del analista a responder desde el lugar de un posible compañero (“más bien hábleme de mortadela con aceitunas negras”), provoca y constituye, por un desplazamiento constantemente impuesto en las constelaciones favoritas de significantes, ese movimiento que es el proceso mismo de la cura. Es en esta negativa y esta resistencia que consiste la puesta inicial del analista; ellas no se legitiman y no se fundan más que en el “deseo del analista” para el cual el “cómo ello [ça] desea” tiene lugar de objeto.

“Wo es War Es así como por medio de un trabajo sobre los significantes, los suyos y los que nos toma prestados, puede advenir “de verdad”, manifestado por sus eclipses, irremediabilmente escindido en su ilusión referencia¹, el sujeto, y esto correlativamente a una puesta en lugar del objeto a “tal como en él mismo, falta”.

Querido Leclair, se me va a decir, ya hace un rato que se le ve venir, y su manera de cerrar esta exposición no nos sorprende, hay en usted una tendencia a simplificar los problemas a partir de coartadas clínicas descuidando puntos, sin embargo, bien establecidos de la teoría (cf. la discusión que seguirá); esta manera de proceder, manifiesta, se lo decimos amistosamente, una irresistible compulsión —mal analizada se entiende— de focalizar la perspectiva, de poner a punto, de umbilicar, se podría decir, de centrar en todo caso, el problema alrededor de un solo tema: aquí —como antes en el congreso de Aix— alrededor del objeto α (del cual su concepción es además de dudoso crédito). ¿No piensa que al obrar así su marcha se desliza fuera de una vía estrictamente psicoanalítica que se reconoce por el constante cuidado por demarcar, por descentrar?

Reconozco de buen grado que no he hecho más que evocar (pero no omitir) otros modos posibles de abordar el problema de la transferencia: los debates, espero los mostrarán mejor. Pero no pienso, por lo demás, que mi referencia insistente al objeto a, pueda reducirse a una compulsión de realizar cierta ilusión focal. Por una parte, la referencia al objeto a es correlativa de la toma en consideración de esta energía, esencial al tratamiento, cual es la pulsión —y de la que Conté debe exponernos, creo, una concepción radical—; la evocación del objeto implica necesariamente la referencia simultánea a los otros términos de la estructura que son el sujeto (\$) y los significantes (S1 — S₂), por consiguiente el gran Otro Ø; por otra parte, la insistencia sobre el objeto a, lejos de constituir una tentativa de centralización abusiva, marca que es una falta que escapa a toda aprensión significativa y que encontramos ineluctablemente tanto en las vueltas como en el centro de toda nuestra experiencia.

Pero sobre todo creo, y es la punta de lo que les propongo, que con esta insistencia en el objeto a, rodeado lo más cerca posible por el “cómo ello [ça] desea”, artículo cómo es posible para el psicoanalista reconocerse sin cesar y “de verdad”, en esta atopía necesaria para el ejercicio de su función, sin renegar de su referencia determinante al falo, y sin resbalar subrepticamente hacia cierta nueva forma de angelismo.

Una vez más, evocando —aunque con algún disfraz— un fragmento de un caso, hemos sacrificado la necesidad de recurrir al texto del discurso del análisis, al tiempo que parecemos haber infringido una disposición necesaria para que este discurso pueda sostenerse: el secreto. En efecto, es esencial *que el secreto sea guardado*, y bien guardado: es la condición del discurso psicoanalítico.

Pero no nos equivoquemos sobre lo que es el secreto: más allá de las falsas confidencias y los secretos íntimos, *él* participa *más* esencialmente de esos “misterios conocidos solamente por un pequeño número de iniciados.” Formularlo no conduce para nada a su conocimiento, sino que indica solamente el punto donde se oculta. El secreto, se podría adelantar, consiste en algún conocimiento del deseo (articulación de un “yo deseo” con el “ello [ça]

desea”); pero eso no significa nada, pues se *trata de un modo de travesía del espejo*, del cual ningún esquema óptico, por pertinente que sea podrá jamás dar cuenta. Sin duda es necesario haber hecho el viaje, pero esto no sería suficiente para acreditar el valor revelador, si ciertos aportes de estos viajeros solitarios no sostuvieran juntos el discurso.

Guardar el secreto no es una operación de defensa, menos aun de recelo: es permanecer como viajero y al mismo tiempo contribuir a la elaboración del discurso que dice que el camino existe y está abierto. Guardar el secreto es asunto de incumbencia del discurso del psicoanálisis tanto como de los que lo constituyen y lo sostienen, psicoanalizando y psicoanalistas. Todavía es necesario para que esté bien guardado, por una parte, que el discurso no se vuelva recitado del viaje ni guía turística y por otra, que el psicoanalista, demasiado perfectamente retirado, a puerta cerrada en su gabinete no termine por creerse “secretario” inmovilizado entre plantas verdes, estanterías de letras muertas y hortensias marchitas.

Restablecido así el secreto, como descubierto en su función irreductiblemente oculta, la exposición de casos (muy freudiana en su principio) no plantea más que un problema limitado pero analizable a partir de la implicancia reconocida del deseo del analista: el de una contribución afirmada, pero quizás anticipada, del analizando a la constitución del discurso del psicoanálisis.

Serge Leclaire

Traducido por T. R. A. de Vidal

Supervisado por S. A. de Mendilaharsu